

La batalla de Albuera (16 de mayo de 1811)

Miguel ALONSO BAQUER*

CALENDARIO DE ACONTECIMIENTOS

4 de marzo de 1811: Massena, detenido en los campos atrincherados de Torres Vedras por Wellington, abandona Santarem y se dispone al retorno a tierras españolas hacia Ciudad Rodrigo.

9 de marzo de 1811: Soult penetra en la ciudad de Badajoz, que se venía resistiendo a la presión francesa desde Sevilla. Muerte del General Menacho. Combates indecisos en Chiclana y presión española en torno al río Guadiana por parte de Castaños.

5 de mayo de 1811: Wellington libra en Fuentes de Oñoro una batalla que resulta decisiva para certificar el fracaso de la incursión de Massena en Portugal del año anterior. Marmont releva al mando del llamado Ejército francés de Portugal.

16 de mayo de 1811: Soult, que conserva para el Rey José I la ciudad de Badajoz, fracasa en Albuera al intentar el refuerzo de la guarnición francesa. Tres cuerpos aliados, el angloportugués de Beresford, el español de Blake y el también español de Castaños le impiden el paso en Albuera.

15 de junio de 1811: El Rey José I gestiona en París refuerzos que le son negados mientras Soult y Marmont se reúnen en Mérida para coordinar sus operaciones defensivas a lo largo de la raya de Portugal.

16 de marzo 1812: Wellington abre lo que será el último asedio de Badajoz de unas tres semanas de duración. Constitución de Cádiz.

* Instituto Español de Estudios Estratégicos.

**LA BATALLA DE ALBUERA. CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS.
ESPAÑA BÉLICA. EL SIGLO XIX**

«Torres Vedras proporcionó a lord Wellington un asiento firme en la Península. La fuerza francesa se desmoronó con las fatigas y las enfermedades, mientras que el ejército británico, cerca del mar, vivía con desahogo». No obstante, los ingleses vacilaron. «No tengo planes —decía el Duque de Wellington—; quiero batir a los franceses. Si no lo logro de este modo, recurriré a otro distinto». Estaba cómodo —en sentido metafórico— y consiguió lo que deseaba.

Hasta fines del año 1810, Soult no se decidió a montar el cerco alrededor de Badajoz. Lo hizo en la esperanza de que Lord Wellington enviaría un núcleo de importancia para salvar la plaza. Pero, el «duque» —flemático y tranquilo— se limitó a dejar que la Romana reforzara a Mendizábal, que guarnecía la zona, más con la mala suerte de que el primero enfermó y perdió la vida en pocos días, sin que Castaños nombrado en su lugar acudiera a reemplazarlo. Mendizábal, en efecto, había sido derrotado por fuerzas de Soult, cerca del Gévora, casi a las puertas de Badajoz.

La plaza —cercada el 30 de diciembre por un núcleo de 20.000 soldados— realizó una gran salida el 17 de febrero, que fue rechazada. Su admirable jefe, Rafael Menacho, la defendió enérgicamente, hasta que una bala de cañón le arrebató la vida. Los franceses la ocuparon. Y, si Cádiz integraba una excelente excusa para no auxiliar al Mariscal Massena, ahora, Cádiz más Badajoz constituían, no ya una excusa, sino un motivo muy justificado.

Cádiz sin embargo, supo atraer a los franceses.

Cuando empezó el 1811, Thomas Graham estaba al frente del núcleo británico de la guarnición de la ciudad; el almirante Keats mandaba la fuerza naval, y el Marqués de Zayas dirigía el conjunto. Éste quiso efectuar una salida, que falló. Se pretendió, después, envolver a los sitiadores desde Huelva, con fuerzas de la plaza previamente conducidas por vía marítima; pero el mal tiempo se opuso. Se decidió, por fin, hacer lo mismo desde Algeciras. La Peña dirigió la expedición; pero se llevó pésimamente con sus compañeros de maniobra. Las marchas fueron duras, para una gente que llevaba largo tiempo sin salir de su recinto. Fueron desordenadas e innecesariamente largas. No obstante, el encuentro habido con los sitiadores —que se iba a tener en Sancti Petri—, pudo considerarse victorioso para nuestras fuerzas. Los franceses tuvieron bastantes bajas, y los aliados consiguieron su objetivo que era, otra vez, la plaza gaditana. Hoy, después de siglo y medio, los ingleses continúan celebrando, con fruición, la acción de la Barrosa, y nosotros conservamos un grato recuerdo de la batalla de Chiclana.

Durante esa expedición, Massena estuvo quieto. Su postura seguía siendo inconfortable, y casi insostenible. Vivía en tierra enemiga. Las guerrillas

—portuguesas y españolas— dificultaban sus convoyes. Y él andaba meditando el encargo que tenía, cuando llegaron las noticias referidas previamente.

No podía contar con Soult; y, en vista de ello, el día 4 de marzo (1811), se decidió a dejar su posición de Santarem y a retirarse.

De este modo, Wellington logró el «tanto» precursor de sus victorias ulteriores.

¡Massena ha despegado!

¡Massena ha despegado de Santarem, y abandona la ofensiva contra Wellington!

La noticia corre como la pólvora. Llega a la retaguardia; llega a otras fuerzas distribuidas por España, a las ciudades que están sitiadas, al palacio en que reside el rey José y al edificio en que trabaja la Regencia. Llega también a Londres y a París, en la que Napoleón I está pendiente de Polonia y de la actitud del Zar de Rusia.

En un sitio y en otro da lugar a angustia y a alegría, a decaimiento o a un entusiasmo inusitado. Pero esta vez, la gente se halla sobre aviso y teme desilusiones. No quiere apresurarse. Se instala ante el vacío, y espera informaciones de la calle o del mercado. Y lo que supo todo el mundo en esos días por su radio de otro siglo, fue, simplemente —y poco a poco—, lo que ahora voy a referir.

Massena ha despegado, y el camino se halla libre para Wellington.

Massena se retira; pero su plan no se halla definido, como no lo está tampoco el plan Wellington. Uno y otro sienten —o presienten— que el final de la contienda se aproxima; creen, siquiera, que la inmediata etapa puede ser definitiva.

La operación empieza el día 5 de marzo (1811). Massena piensa únicamente en acercarse al rey José, para formar un núcleo fuerte y que no pueda ser batido. Marcha deprisa. Pasa por Coimbra y continúa su camino. Se defiende sin cesar de los ingleses que lo acosan y persiguen. Ney —que está a sus órdenes— se porta admirablemente. Hace unos alardes colosales. Contraataca, a todas horas, con un vigor extraordinario.

En la frontera, Massena quiere cruzar la sierra, bajar el Tajo, y amenazar Lisboa. Pero, entonces, Ney se niega y es arrestado. Junot interviene a su favor. No se rebela, pero insiste. Massena cede, finalmente. Cruza la linde, dejando Almeida bloqueado. Continúa como alma en pena, pero lanza una proclama en la que anuncia a Portugal que todo el territorio queda libre. Se aparta, luego, de su camino. De este modo, encuentra al adversario a su costado, y lo bate en Fuentes de Oñoro (5 de mayo de 1811).

Wellington, en cambio, se preocupa solamente de acosar. Habla en sus informaciones de los saqueos cometidos por la gente de Massena al retirarse. Lucha a ambas orillas del Mondego, y tiene la pretensión de haber salvado a

Coimbra. Destaca a Beresford —con fuerzas portuguesas— para que de acuerdo con Castaños —que no está lejos y que dispone de unos 4.000 hombres— recupere Badajoz. El sitio es iniciado; pero, apenas tendido y en tanto que Blake acude con el finde reforzarlo, se acerca Soutl —que ha abandonado el cerco de Cádiz— con la idea de levantar otro sitio fronterizo. Y es levantado, en efecto, el sitio de Badajoz; más todo se coordina hacia un nuevo encuentro que la Historia llama «batalla de Albuera» (16 de mayo), que se describirá oportunamente.

Fuentes de Oñoro —antes que Albuera— se había producido entre el río Dos Casas y el Turones. Massena, con 40.000 infantes y 5.000 jinetes, concentraba lo preciso para socorrer Almeida, recién bloqueada por los ingleses. Ataca a Wellington —que tiene 34.000 infantes, 1.500 de a caballo y 40 piezas—, pero es prácticamente rechazado.

Fuentes de Oñoro pudo haber sido un éxito para Massena. Wellington, en su correspondencia, reconoce que si Boney hubiera estado presente, lo habría batido con facilidad. Pero, en vez de transformarse en un combate serio, el encuentro se redujo a lo que luego se ha llamado, en campañas ulteriores una reacción ofensiva. Fue un golpetazo estéril, un gesto inútil o un esfuerzo innecesario. El ataque francés duró hasta medianoche, y, al día siguiente, el frente se extendió por ambas partes en busca de un posible envolvimiento. Hubo amagos en distintas direcciones, y hubo cambios de criterio. Los derrotados, finalmente, renunciaron a su idea. Su proyecto quedó en el agua, y la acción se concluyó sin el menor provecho para nadie. Fuentes de Oñoro fue, para Massena, una victoria esporádica, diluida en su derrota general. Soutl, que estaba cerca, no quiso intervenir. Temía que Wellington aprovechara la ocasión para dar un «puñetazo» de mayor envergadura que el que dio Massena en el propio Fuentes de Oñoro.

Albuera, según lo dicho, tiene lugar a los diez días.

Beresford despliega frente a Badajoz, el mismo día en que otro núcleo amigo está empeñado —según lo expuesto— en la acción de Fuentes de Oñoro (5 de mayo). Soutl acude en cuanto se entera, y el inglés levanta el «sitio» a toda prisa con objeto de pararlo.

El día 13 se pone en marcha, y, de camino, se une a varios núcleos españoles que están desperdigados por el mediodía de Extremadura. Encuentra a Blake, que viene de Cádiz con un par de divisiones; y a Ballesteros, que procede, con fuerzas menores, de Jerez de los Caballeros. Castaños toma el mando del conjunto hispánico, y se pone a las órdenes de Beresford. En total, 37.000 soldados, entre los cuales hay 10.000 ingleses y más de otros tantos portugueses. Cerca de Albuera, Beresford elige posiciones. Aguarda. Pero, tanto él como Castaños se ven obligados a cambiar de frente varias veces para tratar —infructuosamente— de establecer un contacto provechoso con los franceses.

Soult tiene en mano menos gente; pero, su tropa es aguerrida. Dispone, de otra parte, de más jinetes y de más artillería que nosotros. Ataca frontalmente; para, luego, amenazar el flanco. Tres veces seguidas, repite la citada operación; y la batalla dura siete horas. La confusión es grande; y, de resultas, cada autor explica lo ocurrido a su manera.

Ambos contendientes soportaron muchas bajas. Los aliados tuvieron cerca de 6.000, y los franceses más de 4.000. Todos se sintieron derrotados. Nuestros enemigos lo confesaron; pero, cuando Welington leyó el informe dado por Beresford, dijo, simplemente: esto no sirve; la gente en Inglaterra se indignaría; describame enseguida una victoria. Pero, en tanto que esto sucedía, Massena se vio obligado a ceder su puesto al mariscal Marmont: fue relevado por él.

Ni Albuera ni Fuentes de Oñoro fueron batallas decisivas. No obstante, el avance aliado prosiguió.

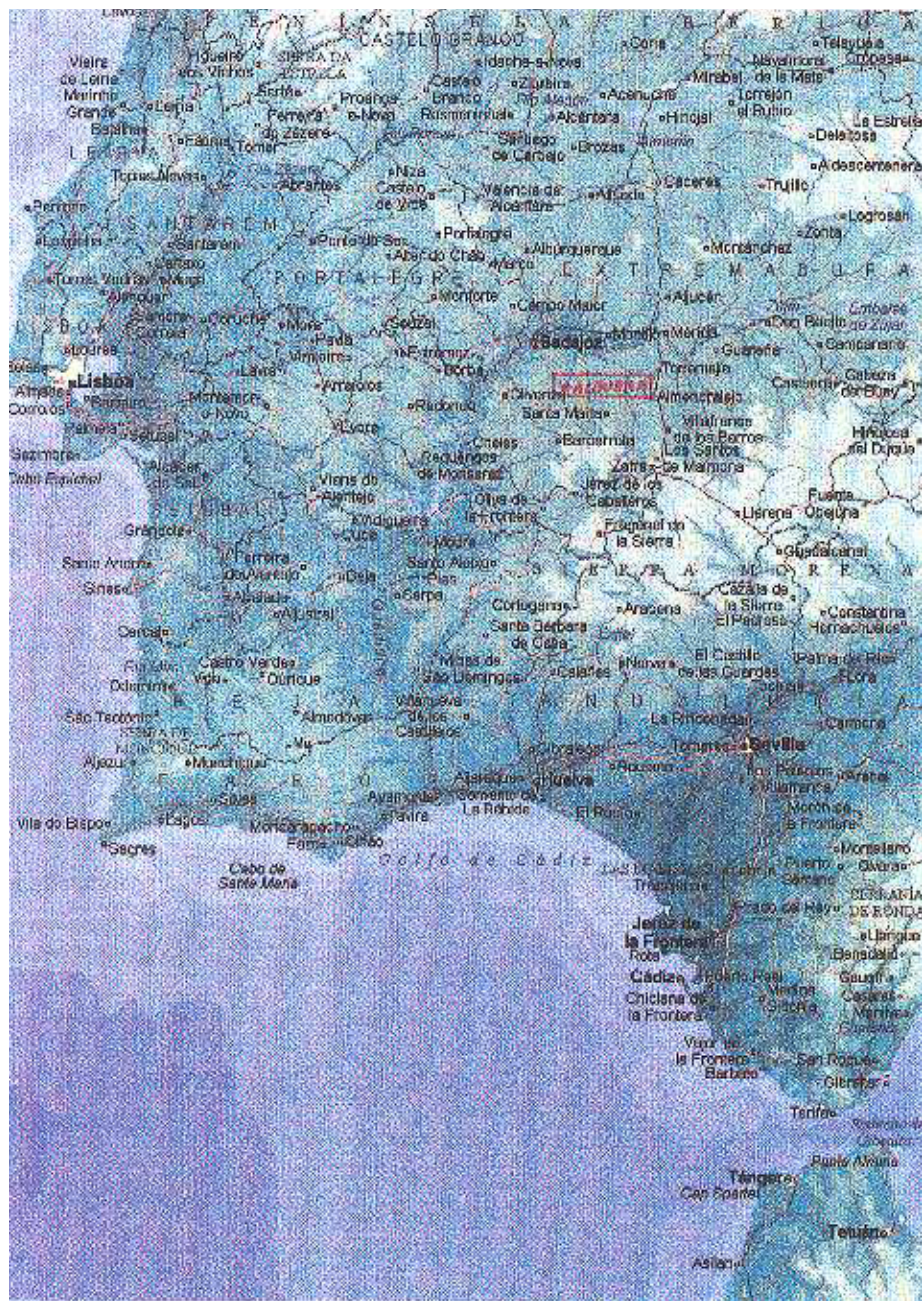
Wellington, hacia mediados de mayo, sitió de nuevo a Badajoz. La rodeó con 14.000 soldados, y dispersó la retaguardia de los franceses con sus restantes 24.000. Sin embargo, el resultado fue parco. Los franceses continuaron caminando. Marmont bajó para reunirse con el grueso de Soult, y ambos llegaron a Mérida a mediados de junio. Wellington, a un tiempo, siguió acercándose a los dos. Según la crónica británica: un ejército francés de 63.000 hombres declinó el honor de combatir con otro aliado de 54.000; y, desde ese día y situación, desapareció el peligro para Wellington.

En cambio, los franceses sufren complicaciones. Soult decide continuar en Andalucía, que él considera suya. Marmont se ofende, y permanece a retaguardia a fin de evitar el tercer sitio de Badajoz. Marmont, por otra parte, se halla desconectado con los del Norte. Las guerrillas de Porlier y las de Longa llegan de Asturias y Galicia respectivamente, y se encargan de aislar al mariscal Besiéres en los alrededores de León. Mina, desde Navarra, se une a los anteriores; y varias guarniciones quedan incomunicadas. El 15 de julio, Marmont se retira hacia Plasencia, después de abastecer la población de Badajoz para seis meses. Pero, entre tanto, las guerrillas mencionadas se desplazan y dejan a los demás en postura incómoda.

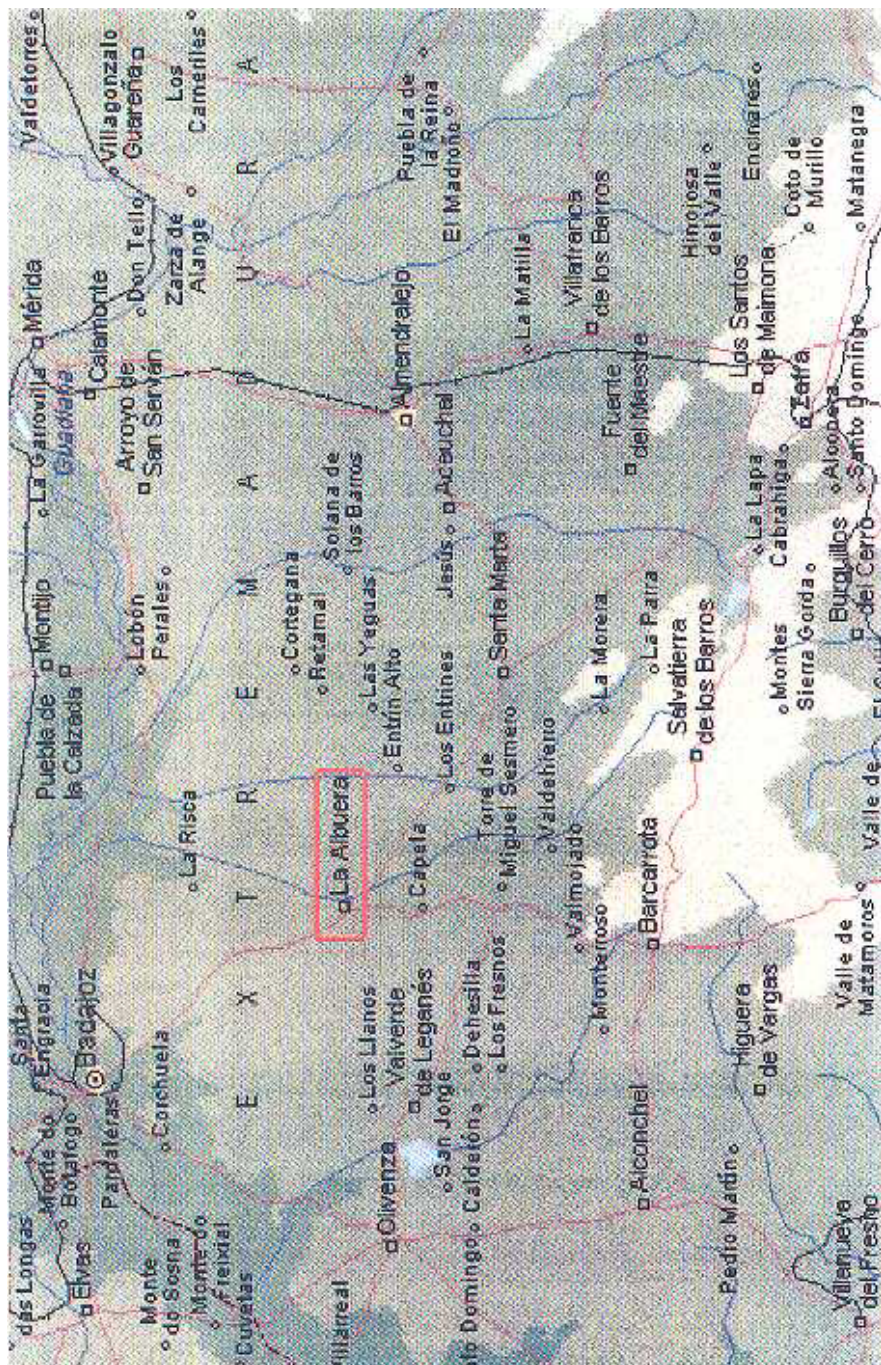
En esta situación, el rey José sube a París para abdicar o conseguir refuerzos. Oye buenas palabras y regresa con algunas divisiones.

Napoleón, sin duda preocupado, desvía entonces su esfuerzo principal. Lo dirige hacia la parte levantina. Sometida, en junio (1811), Zaragoza, impulsa el movimiento hacia Valencia. Suchet cerca Sagunto el 16 de septiembre. Blake, que es Jefe de la zona, trata de obligarle a levantar el sitio; pero es derrotado por los franceses y se vuelve hacia Valencia. Sagunto capitula el 26 de octubre e inmediatamente Valencia es rodeada. En fin, esta ciudad se entrega el 9 de enero (1812) con lo que queda del ejército de Blake.

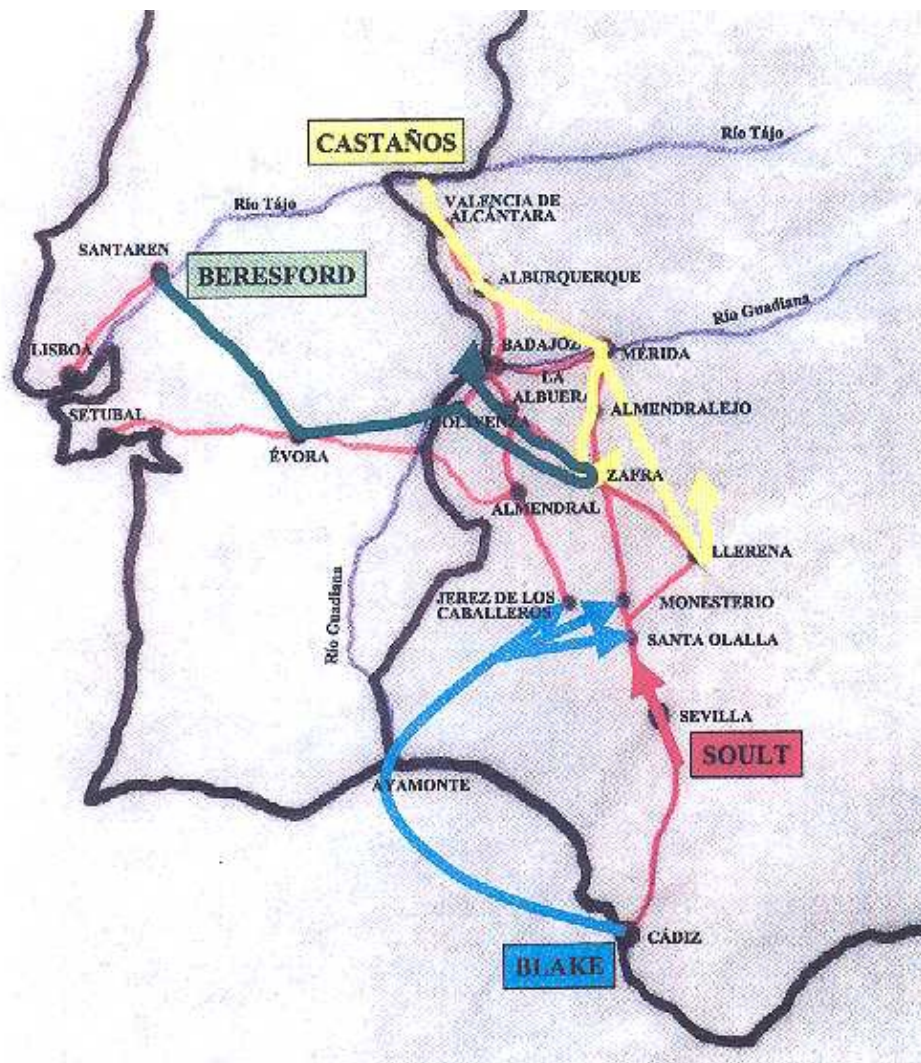
Parece lógico, en ese instante, efectuar una maniobra de conjunto. Pero, los generales napoleónicos están muy lejos de pensar en eso. Se llevan mal; y las órdenes que envía el mariscal Jourdan —algunas pergeñadas por el propio Bonaparte— son apenas escuchadas. Siempre hay razones para no empezar, o un motivo para imponer una nueva espera. Unos y otros se critican. Llaman a Soult, burlonamente, el Rey de Sevilla. Cada uno solicita de todos los restantes la ayuda que él se niega a dar para una acción definitiva. No hay un plan de operaciones. No lo hay, al menos, hasta que Napoleón recuerda que la iniciativa se halla en manos de lord Wellington, y que es necesario concentrar las principales fuerzas sobre el objetivo que él elija.



Mapa general.



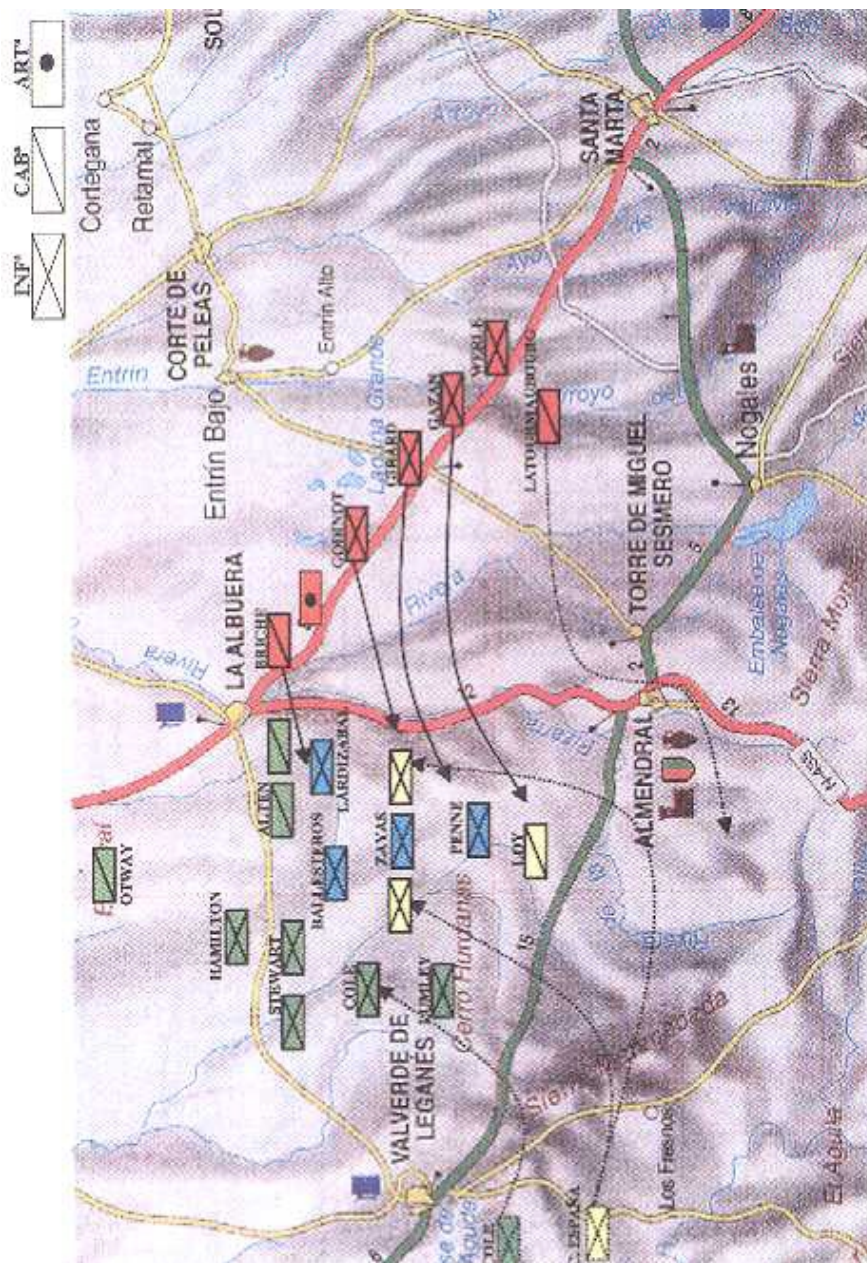
Mapa particular.



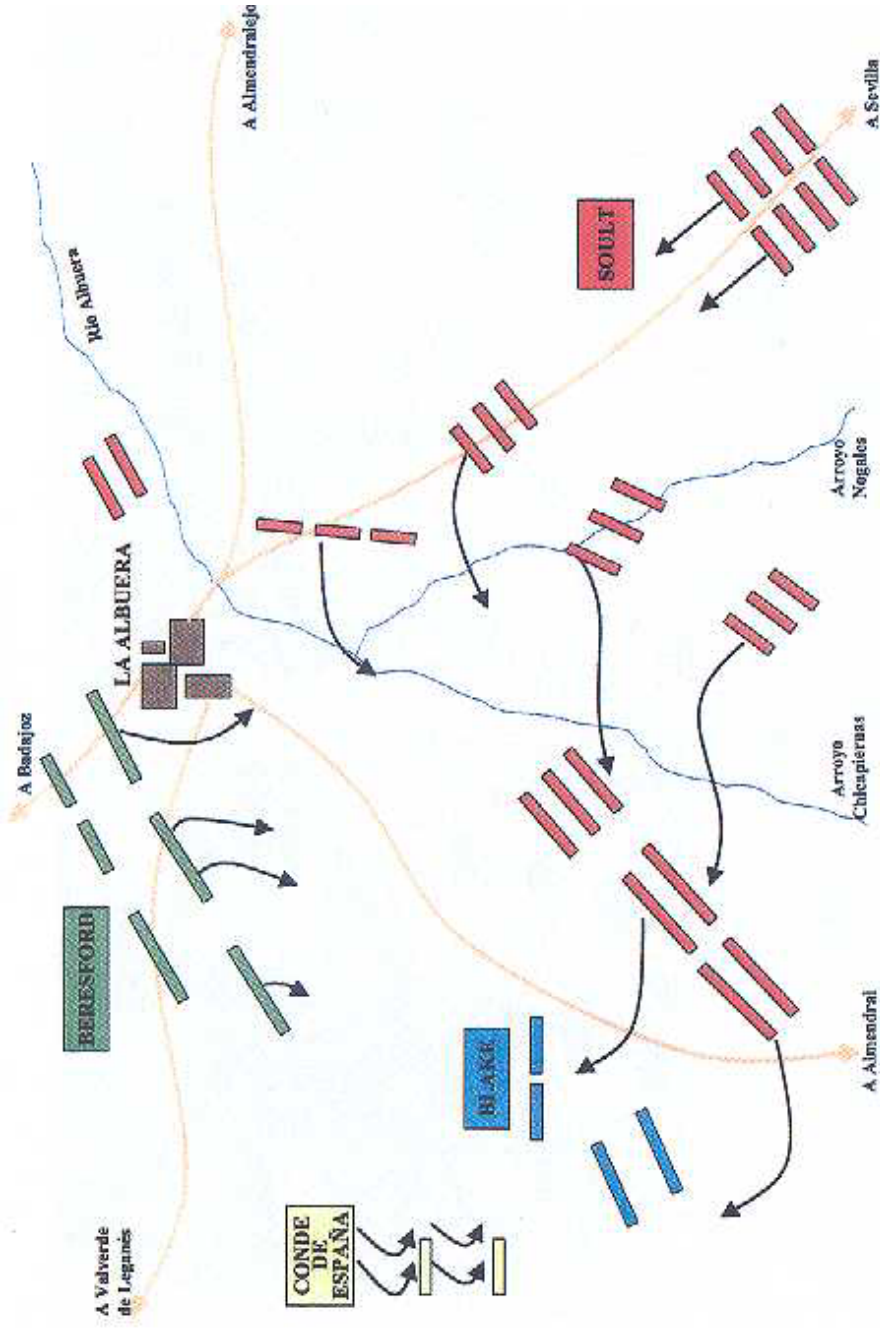
Movimientos previos.



Movimientos preliminares.



Día 16 de mayo.



Ultimo ataque francés.